

RACHID BENZINE

VIAJE AL FIN DE LA INFANCIA

Traducción de Lucía Dorin



“... cuando yo sea mayor
también voy a escribir *Los
miserables*, que es lo que
siempre se escribe cuando
uno tiene algo que decir.”

La vida ante sí,
Romain Gary

Tres meses. Según mamá, hoy hace exactamente tres meses que estamos enterrados en este maldito campo. Y hace casi cuatro años que dejé la escuela Jacques-Prévert de Sarcelles.

A mí lo que me gusta es la poesía. Mi maestro de tercer grado, el señor Tannier, siempre me alentaba. Me decía: “Fabien, vas a ser un gran poeta. Tienes todo para lograrlo. Tus resultados escolares son excelentes y tienes una imaginación tan creativa...”. No sé si es verdad, pero en todo caso el señor Tannier estaba completamente convencido. Y me acuerdo muy bien del día que me pidió revisar los poemas que escribí para decirlos al día siguiente frente a toda la clase. Mi día de gloria, en resumen.

Pero ese día de gloria nunca llegó. Porque a la mañana siguiente, al momento de ir a la escuela, papá me dijo: “Hoy no vas a clase. Nos vamos de viaje”. No es que la idea de un viaje me molestase. Pero era el día que tenía que decir mis poemas. Les supliqué a papá y mamá irnos otro día. Durante las vacaciones escolares. Los viajes, no les voy a mentir, a mí me gustan. Están llenos de sorpresas. Se ven cosas magníficas. Se aprende mucho y se hacen nuevos amigos. Pero el día de la poesía... Era una traición. No sirvió de nada. Ni papá ni mamá me escucharon. Escondí mis cosas, las que habían preparado para viajar. Pero en el pequeño departamento de Sarcelles no hay muchos lugares para esconder las cosas. Así que las encontraron rápido. Insistí. Y papá terminó por ponerse nervioso. Me trató de *kafir*, de “infidel”. Me dijo que iba a terminar en el infierno si me negaba a ir. Siempre me dio miedo el infierno. Una vez incluso le dije a mamá que Alá era malo. Porque cuando hago travesuras, mis padres me castigan, pero Alá, si haces travesuras, hace que te quemes en el infierno. Y sufres mucho. Y para siempre. Entonces, lloré,

ayudé a mis padres a cargar las valijas en el taxi, agarré mis poemas y nos fuimos.

Un viaje raro. Y muy largo. Tuvimos que escondernos en un coche. No sólo yo sino papá y mamá también. La gente hablaba árabe o lenguas extrañas. Incluso papá y mamá no siempre sabían de qué lengua se trataba. Mejor dicho, no estaban seguros. Pero creo que tal vez querían que yo no lo supiera. Papá siempre me dijo que yo era demasiado curioso. No es mi culpa... Tengo ganas de saber, de entender. Alá no tiene nada en contra de eso. Una vez se lo dije a papá. Parecía furioso. Pero no me retó.

Y después llegamos a Siria. Ahí me dijeron dónde estábamos. Se llamaba Raqqah. Papá y mamá estaban muy entusiasmados. Nunca los había visto tan contentos. Me dijeron que aquí era el paraíso. Yo creía que el paraíso estaba en el cielo, cuando nos morimos. Papá se vistió con ropa muy larga y un turbante. Mamá se puso un *niqab*. Todo negro. Sólo se le veían los ojos. En broma, me decía que era para vigilarme como desde la tronera de un castillo.

Y después yo tuve que decir que me llamaba Farid. Fabien se terminó. Hola, Farid. Porque parecía más serio en Raqqah. Mis padres me tuvieron antes de convertirse al islam. Simplemente por eso me llamaba Fabien. ¿Y por qué no hacían esto antes, el turbante, el *niqab*? Mis padres me dijeron que era porque en Sarcelles fingían que eran como los demás. Que se vestían como ellos. Que eran sus amigos. Pero yo nunca fingí. Mis amigos son mis amigos de verdad. Y al señor Tannier, mi maestro de la escuela, lo quiero mucho de verdad. Y a todos los demás también.

Papá y mamá me dijeron que tenía una suerte extraordinaria por vivir en el Estado Islámico. Que todo estaba hecho para los musulmanes y que nunca más tendríamos que relacionarnos con los *kuffar*, los infieles. Que era una bendición de Alá. Entonces me puse a llorar a escondidas. Porque yo quería leerle mis poemas al señor Tannier. Y quería ver a mis amigos y a mis amigas de Sarcelles. A mí qué me importa que sean *kuffar*. Mi amigo Ariel es judío. Y él nunca me molestó porque yo fuera musulmán.

En Raqqah, papá solía decir: “Mira toda esa gente a la que Alá ha llamado. Vienen del mundo entero para Su gloria. ¿Te das cuenta de la suerte que tienes de ser parte de los elegidos de Alá? Si estudias mucho, tal vez algún día seas un gran imán”. “Y tal vez incluso un califa”, agregó mamá en un ataque de risa. Papá puso mala cara por un breve instante y después él también se rio. Estábamos contentos de verdad en ese momento.

Durante meses todo salió bien. Mejor dicho, no tan mal. Porque entendí rápido que los musulmanes del califato no eran los mismos que en casa. Siempre enojándose por nada. Riéndose como burros por nada. Hablando muy fuerte. Gritando por todo. Y sobre todo, por nada. Haciendo reproches por poca cosa. Y por el lado de la religión, no era mucho más alegre. Nada de lo que yo pensaba, decía o hacía era como tenía que ser. Era complicado no sentirse desorientado. Y además ya no era cuestión de defender al pueblo que sufría por Bashar al-Ásad, como me habían dicho papá y

mamá. Ahora, nos explicaban que había que luchar contra el mundo entero.

Empezaba a estar harto de todo eso. Por suerte, cada tanto por lo menos hablábamos por teléfono con el abuelo y la abuela. Los otros abuelos no nos querían hablar. Creo que estaban demasiado tristes porque nos habíamos ido. Mamá les explicaba siempre al abuelo y la abuela que aquí era el paraíso. Creo que lo pensaba de verdad. A veces me pasaba el teléfono. La abuela lloraba. Entonces mamá no me dejó hablarles más y la escuchaba decir: “Que Alá los guíe y los proteja”. La abuela y el abuelo son cristianos, pero mamá los quiere igual. Y yo los adoro.

Extraño jugar con la abuela al juego de cartas de las siete familias. Y cuando me contaba los cuentos de todos los países del mundo. Me hacía soñar. Y me hizo viajar con la imaginación. ¿Aceptaré todavía darme regalos para Navidad? ¿Todavía podremos comer juntos el tronco de Navidad? Y las travesuras que hacíamos con Fatumata, la vecina de los otros abuelos. ¿Todavía se acuerda de mí Fatumata? Al

abuelo también lo extraño mucho. Es un verdadero payaso. Hace muecas y se disfraza para hacernos reír. Mamá se reía mucho antes. En Raqqah decía que estábamos en el paraíso. Pero se volvía como los demás. Siempre ponía mala cara. Sólo hablaba mal de todos los que no son musulmanes. Incluso cuando le hablaba de sus amigas de antes, me decía cosas no muy amables sobre ellas. Pero de todos modos yo veía que a veces le daba como una melancolía en los ojos.

Por suerte para mí, en Raqqah teníamos derecho a jugar al fútbol. Y el punto máximo en Raqqah era cuando Abdel te tomaba en su equipo. Abdel es el mejor jugador del planeta. Messi y Ronaldo pueden colgar los botines. Tiene todas las cualidades. Un mediocampista formidable. Un goleador como nunca se ha visto. Marca en todas las posiciones. Por la izquierda, por la derecha, con la cabeza. Hace unos pases increíbles, unos controles orientados y unos amagues que te dejan sin aliento. Yo no soy un gran jugador, pero digamos que me las arreglo. Y Abdel se volvió mi mejor amigo. Me explica cómo tengo que poner los pies para lograr pegarle de

volea a la pelota como él. Abdel, antes, se llamaba Patrice. Tiene trece años y sueña con ser jugador de fútbol profesional. Estoy seguro de que con su talento lo van a contratar en el Real Madrid o en el Barcelona. Y que va a ser el mejor jugador del equipo de Francia. Nunca vi a alguien jugar tan bien como él. Era nuestro verdadero héroe.

Mientras tanto, por fuera del fútbol, no todo era alegría. Ahora sabía que no me gustaba para nada estar en Raqqah. La única cosa que me hacía feliz era haber conocido a Abdel. Aparte de eso, seguía escribiendo muchos poemas. Y empezaba a leer en árabe. Pero incluso para la poesía, las cosas habían cambiado. A mamá antes le gustaba que le leyera poemas. Me dijo que era porque, en Sarcelles, debían fingir con papá para no despertar sospechas sobre nuestra partida a Siria. Pero no es verdad. Yo sé que les gustaban de verdad mis poemas. Me pregunto por qué cambiaron tanto. Lo que también me daba miedo en Raqqah es que había compañeros que me decían que se mataba a la gente. Que era normal. Que Alá así lo quiere. Cuando les pregunté a papá y mamá si era verdad, me respondieron que